

MANUAL DE CULTIVO

Dilhos, Dino

Manual de cultivo / Dino Dilhos. - 1a ed . - La Plata :
Contramar, 2016.

84 p. ; 17 x 12 cm. - (Narrativa ; 2)

ISBN 978-987-46408-1-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Colección Narrativa. Dirigida por Nicolás Gelmini Juri.

Diseño de portada: Colectivo Contramar y Estudio Z

<http://zetaestudio.tumblr.com/>

z.estudiografico@gmail.com



Ilustración página 6-7: Luciana Romero

[flickr.com/pajaritosenlacabeza](https://www.flickr.com/photos/pajaritosenlacabeza/)

Colectivo Contramar

colectivocontramar.wordpress.com

colectivocontramar@gmail.com

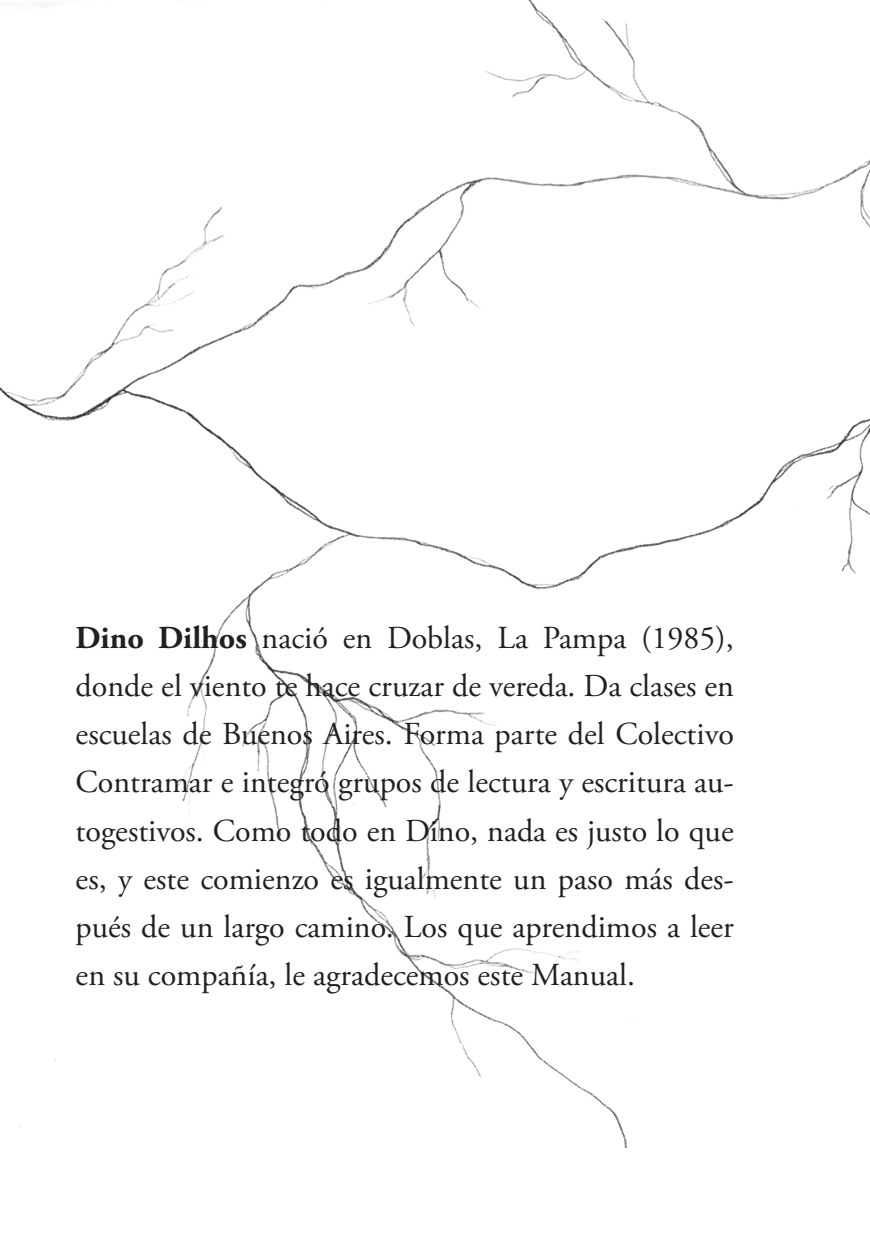
Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina

DINO DILHOS

MANUAL DE CULTIVO

COLECTIVO
CONTRAMAR



Dino Dilhos nació en Doblas, La Pampa (1985), donde el viento te hace cruzar de vereda. Da clases en escuelas de Buenos Aires. Forma parte del Colectivo Contramar e integró grupos de lectura y escritura autogestivos. Como todo en Dino, nada es justo lo que es, y este comienzo es igualmente un paso más después de un largo camino. Los que aprendimos a leer en su compañía, le agradecemos este Manual.



«Este es el adiestramiento básico:
desarrollar un conocimiento cada vez mayor
de una fuerza invisible»

Marcel Joseph Vogel

I / Introducción

Parece que todo este asunto se me ha ido de las manos: estoy de plantas hasta el cuello. Son plantas de marihuana. Hay plantas en el comedor, en el placard, en el balcón –muchas plantas en el balcón–, algunas plantitas en la cocina... Dos plantines en el baño. Mi casa –que es un departamento– nunca estuvo tan sucia, tan llena de polvillo. Es el polvillo que el trabajo con las plantas trae, necesariamente. Algunas las dejo siempre fuera, pero a otras las entro y saco, y las muevo y cambio de lado. Dejo abierta de par en par la puerta-ventana que da al balcón de la pieza para que les entre sol más potente a las plantas que están allí, y para que respiren mejor. O las cambio de maseta, meto tierra acá y allá, saco de otro lado y vuelco todo... En casa hay un olor increíble, muy rico.

Yo estoy fumado y las miro, eso hago gran parte del tiempo. Las miro nacer y crecer, las miro cuando ya están muertas, colgadas en el ropero; miro los bichos

que aparecen, sus hojas, la tierra, las flores... todo esto me trae problemas. Las miro agitadas por el viento y digo que es hora de podar. Podo y pienso que puedo aprovechar y hacer un esqueje. Me deshago de muy poco; lo que se puede utilizar de nuevo –lo que yo creo tiene expectativa de vida–, lo uso.

Me levanto temprano, con el sol, y abro enseguida puertas y ventanas; para que entre mucho sol y aire para las plantas que están dentro, en la cocina o en el comedor o en la pieza. No en el baño porque ahí es el único lugar donde no hay ventanas ni nada. Pero en el resto del departamento hay sol todo el día. Esto es una suerte: con otra luz, en otro departamento, no me encontraría con este desborde, entre tantas plantas. Pero estoy donde estoy, y no voy a desaprovechar todo ese sol para las plantas –ni todas las plantas para ese sol.

Me levanto temprano, abro todo y me prendo un porro. No porro, hace rato que no fumo porro: flores es lo que prendo. Tengo flores para rato; frascos y frascos llenos de ricas flores con ricos aromas y ricos sabores, y

con los efectos más variados. Tengo flores para la mañana, flores para escuchar música, flores para dormir y caminar; flores y flores y flores... Y como tengo tantas, las vendo, y con eso financio mis plantas y mi vida —que en realidad son una y la misma cosa, porque no hago otra cosa que plantar.

Me prendo un porro bien temprano a la mañana y comienzo por mirarlas. Sobre todo las que están bien al sol, en el balcón. Pero las miro a todas. Las miro sin buscar nada en particular; así encuentro millares de cosas... No sé si las imágenes quedan grabadas a fuego en mi cabeza o qué, pero cualquier cambio incluso muy pequeño lo noto enseguida. Así es cómo he conseguido dominar a los bichos: los noto desde temprano. Me han costado plantas enteras esos bichos, pues uno no puede controlar todo. Y está bien así: los acepto, acepto luchar contra ellos. Son parte de las plantas, vienen junto con ellas, en las semillas.

II / Al viento

Las de adentro no me terminan de convencer. Me refiero a las del placard, las únicas que crecen con luz artificial: me hago que crío pollitos –en las condiciones no sé si moralmente reprochables o lastimosas o anti-naturales pero de seguro que sí feas, en las que hoy se los cría–; les falta viento, su aspereza, su caricia... No sé cuántas cosas me gustan más que una planta al viento, ver cómo le pega el viento y la zarandea a un lado y otro –tengo además la suerte de estar alto, en el piso 14, y el viento acá arriba a veces chifla que da miedo.

¿Qué le pasa a una planta cuando no la golpea el viento?: se ablanda, se pone fofa, y muere lentamente. Sus ramas se vuelven híper-quebradizas, debilitándose al extremo. No es eso justamente lo que quiere un cultivador, y por eso le ponemos ventiladores a las plantas del indoor.

Pero cuando a una planta le da viento, viento posta, viento de fuera, las ramas y el tronco se ponen muy

blandos y suaves, parecen ser incluso de lo más delicado, como si fuesen de carne, y uno no termina de comprender muy bien cómo es que no se quiebran ante una brisa cualquiera; lo que pasa es que al mismo tiempo se vuelven bien duras, quiero decir: de lo más flexibles, y así soportan los vientos más fuertes que uno pueda imaginarse. Entiendo que la flexibilidad de sus ramas y de su tronco se debe además al hecho de que las plantas no son macizas, de que no están llenas sino huecas por dentro: un pequeño tubo de aire las atraviesa de par a par y se ramifica con ellas al ramificarse sus ramas.

En verdad no, no es que sean huecas por dentro, en verdad tienen un pequeño tubo, en medio del tronco, entre blanco y verduzco, que se ramifica en las ramas, junto con las ramas, y que es blando, muy blando, tirando a untuoso pero sin llegar a serlo. En todo caso es algo sobre lo que uno puede imprimir una huella, de apretarlo con algo, un poquito nomás, de fuerza. Misteriosamente este pequeñísimo tubo desaparece cuando las plantas se secan, se esfuma como si no hu-

biese estado nunca, y allí sí, una vez secas, las ramas se vuelven huecas por dentro (y es que están muertas).

Lo que pasa con las de adentro, cuando las criamos sin siquiera ponerles un triste ventilador, lo que pasa es que el tronco cobra un aspecto como de rigidez extrema, y así rígido y todo se dobla y cae lentamente, pues en verdad se está pudriendo y hasta un soplo basta para que termine de quebrarse fatalmente, de modo irrecuperable, sin posibilidad alguna de que sus partes vuelvan a soldarse (como ocurre con una planta sana).

Es raro pero el viento no las estropea. Parece incluso no golpearlas siquiera, y como dije las vuelve más firmes y flexibles a la vez. O si se quiere: las golpea con fuerza pero sin estropearlas. A diferencia de las torpes y pesadas manos humanas, que marchitan, rompen y echan a perder todos los cogollos, el viento las agita con su fuerza inconsciente pero ni un solo tricoma se abre; esto se nota en el olor siempre suave que despiden las plantas al viento, que no es más intenso que si no soplara siquiera una pequeña brisa.

III / Son de agua

Todo su esplendor es de agua, líquido: esto también explica la flexibilidad extrema de sus ramajes. Es como si las ramas, no solamente las ramas, en realidad: como si toda la planta estuviese hecha en agua, como si fuese de agua. La robustez, el despliegue que nos presentan las plantas cae ostensiblemente cuando les falta riego, ¡se vuelven tan flacas, pequeñas y pálidas...! Como si no existiese una planta allí, apenas si quedan en pie unos palos flacos y chupados, todas las hojas y las puntas se doblan, caen y cuelgan como un pene flácido, sin sangre. Pero cuando el agua sube se yerguen al sol y al viento y realizan un desafío contra-natura, flotando en el aire como boyas de pescar en una laguna. ¿Y no es extraño, por otra parte, que cuando el agua actúa por dentro el efecto sea de ingravidez y cuando por fuera (cuando llueve, por ejemplo) sea lo contrario?

IV / Al sol

Son muy sensibles al sol, extremadamente. Diríase que hay aquí toda una historia de amor, de necesidad extrema, enfermiza. Ellas no se mueven ni cambian de posición si no es bajo los influjos del sol. En esto se parecen mucho a los girasoles, pues siguen la trayectoria del astro de principio a fin. Excepto en la etapa de floración, sobre todo cuando ésta está ya avanzada, etapa en la cual las hojas se quedan más bien tiesas en una posición diagonal, formando así todas una especie de cono invertido que rodea a la flor, en todas las etapas anteriores, y más aún en su juventud, cuando son más plantines que plantas, en poquísimos tiempos pueden rotar por completo las hojas para volverlas hacia el lado por donde el astro luminoso pueda darles de “frente”, de lleno.

Llegan a producirnos una ternura indecible. Si las plantas no han recibido por días más que sombra, si se viene de días nublados y oscuros, cuando el sol se vis-

lumbra finalmente en el horizonte ellas van a levantar o erguir todas sus hojas hasta que éstas queden completamente rectas y hacia el sol, en una verticalidad extrema, al modo de un puercoespín erizado, como si así pretendiesen acoger y recibir la mayor cantidad de luz posible luego de haber sufrido su ausencia. Como los amantes que se reencuentran luego de una larga separación, ellas ponen toda su fuerza y su energía, toda su atención, todo su gasto en ese solo y exclusivo acto de reencuentro, el cual, a su vez, sin duda, las vitaliza por completo.

V / Boludeo

Se vuelven irreconocibles al ir creciendo. Si no las viera un poco todos los días, les perdería el rastro por completo. Una vez que se estabilizan cambian muy rápido y muy rápido completan su ciclo. Si faltó apenas dos días ya me cuesta reconocerlas, identificarlas. Me ha pasado que de un día al otro una planta se me ha vuelto absolutamente extraña, por completo des-familiarizada. ¿Qué quiere decir esto? Algo evidente: que ellas crecen solas, que los tejimientos frenéticos que realizan en el vacío no dependen de la persona que las cuida –pero sobre todo eso: hay que cuidarlas. ¿En qué consiste mi tarea, entonces? En garantizarles algunas condiciones mínimas, las necesarias para que puedan crecer sanas y fuertes. Mi paciencia y mi trabajo están en eso: en cuidarlas no tanto a ellas como a las condiciones en las que ellas crecen. Mi poder es el poder del abono, el poder y el trabajo del gusano, no mucho más...

No es como pueda parecer en un principio tarea fácil ésta de garantizarles las condiciones, no siempre lo es. De hecho, es en esta tarea donde la mayoría de los cultivadores que caen, caen: piensan que las plantas crecen solas, automáticamente, apretando algún botón. Esto es caer por pereza. Pero también se puede caer por esfuerzo, porque con ellas no vale el esfuerzo, más vale el cuidado: uno puede esforzarse mucho y arruinarlas –por ansiedad, por ejemplo. Pero si se las sabe cuidar la cosa puede marchar. Así pueden crecer muchas, aunque nada esté garantizado nunca.

¿Qué es cuidarlas? Es sobre todo cuidarlas de nosotros mismos, y por tanto también, cuidarnos a nosotros de nosotros mismos. Hay que prestarles suma atención, pero sin estar a la expectativa de nada. Estar atentos quiere decir aquí: poder perder un poco de tiempo con ellas, detenerse en ellas, descuidando u olvidando, en cierto sentido, las expectativas; en una palabra: vaciarnos. Las razones pueden esperar, una batahola de razones esperan siempre. Pero todo esto,

puede preguntarse alguien con razón, ¿es la causa o el efecto del tratamiento con las plantas?

Cuidarlas, trabajarlas sin expectativas –sin esperanzas ni desesperación, como alguien dijo en relación a otra materia– todo esto quiere decir: poder boludear con ellas. El boludeo es fundamental, pero también puede fácilmente llevarnos hacia lugares donde nada se resuelve nunca, por ser pura pérdida de tiempo, puro enamoramiento. Ante esto, y siempre según mi experiencia, habría que prestar especial atención a la “intención” del boludeo, de hacia dónde lo dirigimos, hacia dónde se dirige; especial atención, en la medida de lo posible, a qué tipo de experiencia se va tejiendo de fondo. Cómo es que la cosa se mueve, cuál es su sentido, qué fuerzas se apoderan de su sentido, con qué opera, qué posibilidades efectivas va abriendo de fondo este proceso inútil y tonto.

El boludeo, como el enamoramiento, sin duda emboba, nos pone tontos, y tal vez sea esa su mayor virtud, pues es signo de la manifestación de una

fuerza tal que nos hace inmunes al mundo, que hace que nada nos importe excepto una sola cosa: todo el resto cae al erguirse este descomunal gasto de energía. Pero también envuelve un peligro nada pequeño: estamos prestos a apurarlo todo, a querer consumir toda la experiencia de un golpe, no dejarla ir nunca, no darle aire, gastarla toda de una vez –pero esa experiencia no está, no nos espera ya hecha; antes bien, hay que hacerla. Es así como el boludeo puede hacerse con el ambiente del vicio, cobrando ese tono de hastío, de pensar en abstracto y hacer planes sin sentido, abriéndose un camino que nos lleva a nada; es así que el boludeo puede inclinarse cada vez más hacia un punto muerto que ya no nos permitirá concretar nada: nos aferramos al puro ensueño que ya no digiere nada, que ya no procesa, y que por tanto ya no puede hacer experiencia, ya no produce ningún efecto concreto. Y si el boludeo en verdad sirve para algo debiera ser justamente para eso: para procesar, para dejar que algo

procese en nosotros, ese algo que no tiene expectativas pues no tiene modelo (pues no está hecho), pero que sin embargo hace crecer, teje, nuestra experiencia más vital.

Estoy intentando ver aquí el lado sensual de todo este asunto con las plantas, aquello que concierne al ámbito de lo bello. El problema cuando tratamos esto, el de lo sensual y de lo bello, es que no es algo que la inteligencia pueda pautar, no se puede decir, por ejemplo: me voy a sensualizar con los pelitos de las raíces... Como ocurre generalmente con todo lo que refiere a la belleza y al amor, uno, actuando espontáneamente, no elige conscientemente qué le atrae y qué no (generalmente no se eligen los amores que se eligen): no nos podemos convencer de aquello que pensamos nos conviene. Por más voluntariosos que nos pongamos, si no amamos a alguien, no lo amaremos jamás, y, en sentido inverso, cuando amamos a alguien que no nos corresponde, y que incluso nos denigra y nos ofrece un trato poco amable y mezquino, por más cálculos

y análisis racionales o lo que sea que hagamos, no por ello lo amaremos menos, quiero decir: no vamos a poder convencer a nuestro corazón con los argumentos de la inteligencia. Antes bien, debe advenir una ruptura del orden de la experiencia para que dejemos a alguien a quien amamos, y aún así nada es seguro...

Bien, pero aquí está justamente el problema, porque lo dicho anteriormente, ¿debiera precipitarnos en la hipótesis de que entonces nada pueda hacerse con ello, como si a partir de la constatación de este hecho a uno sólo le quedara resignarse ante, por ejemplo, el atractivo que la fealdad del mundo, como por inercia, suele ejercer sobre nosotros? Porque esa “ruptura del orden de la experiencia” no puede ser buscada, no puede ser “voluntariosa”, al estilo “me voy de viaje por Latinoamérica para transformarme”... Así, no hemos salido del círculo. Tal vez sea alguna promesa lo tiene que aparecer allí para abrir ese círculo y persuadir al cuerpo en el mientras tanto, que es el tiempo en que se ejercen los problemas... ¿Una promesa? ¿Una pro-

mesa de qué tipo? Necesariamente debiera de ser una promesa sin objeto, una promesa que sólo es promesa de “otra cosa” (= x).

¿Cuándo algo nos resulta bello? Cuando tiene una mayor carga emotiva, cuando “pesa” más. ¿No es esto justamente lo que ocurre cuando fumamos marihuana? ¿Por qué la nimiedad más nimia se nos vuelve lo más importante de todo? Quiero decir: cambia la cualidad de la emoción, aparecen otros atributos, propiedades que desconocíamos... Nos volcamos hacia las cosas del mundo con una atención inusitada, dispuestos inconcientemente al asombro, al desconcierto, al trance. Es eso lo que ocurre con la marihuana, el que una idea, palabra, gesto, situación, o lo que sea, tiene una mayor carga para nosotros, una mayor fuerza, puede respirarse, sentirse, hay una atención que allí se despierta y se abre y que nos aumenta el peso, el vigor de las cosas, y las vuelve grandes, de una importancia vital, muy grandes y ágiles: se yergue así una bella ilusión que hace que todo sea perfecto, al

menos durante el instante que dura el efecto. Porque, en cuanto a su efecto, la marihuana parece desatar la “pasión del instante”, por decirlo de alguna manera, su exuberancia, como si la vida sacase de golpe sus secretos a la superficie –desnudez que no hace sino multiplicar los enigmas, aumentar el desconcierto. Esto es ciertamente vivificante, pero puede pasar muy fácilmente a su contrario: el hastío, la repugnancia; flotábamos, soñábamos despiertos, y ahora nos volvemos de plomo y hacia adentro, hacia muy adentro... Es como si la atención se fortaleciera y debilitara a un tiempo. Claro que todo esto depende del ritmo, la frecuencia, la cantidad (la dosis), las circunstancias, y, sobre todo, de las líneas adjuntas que entren en juego (de cómo vengamos con la vida, por así decir). Con todo lo cual, habría que sacar la conclusión no de que hay que fumar marihuana para sentir más y mejor las cosas y el mundo, sino, más simplemente, de que un mundo pobre y desvaído, flaco y famélico, desensualizado, es en realidad una atención funcionando al mí-

nimo de su capacidad, poco atenta, una percepción llena de abstracciones tristes, poco perceptiva, y poco trabajada, poco estimulada, en este sentido poco comprometida, y nada más.

Nada más: pues el mundo no existe por fuera de la percepción que hacemos de él, o que él hace de nosotros; nada más: pues el mundo es esa percepción... De allí que “cambia la mente, cambia el mundo”.

El sentido del boludeo, en definitiva, es no dejar que una jugada pretenda decidirlo todo –y la causa de esta disposición, la de pretender decidirlo todo, es, creo, invariablemente, el ponernos desde el punto de vista de un espectador o un observador ajeno, y en camino a nada.

VI / ¿De dónde vienen las plantas?

Aquellas cosas que más nos llaman la atención, aquellas de las que quedamos prendados, como pegados o detenidos, son aquellas cosas que más nos desconciertan, de las que poco podemos decir, a las que no terminamos de entender. Estas cosas también son las más evidentes. Por ejemplo, a mí me cautivó el modo en que las plantas se van haciendo cuerpo sobre el vacío, su materialización, esa especie de ocupación o llenado del espacio que ellas realizan, o mejor dicho: su hacerse espacio, su constituirse en espacio, su producir espacio en el espacio. Este evidente y desconcertante hecho me ha atado a ellas desde un principio, y me parece de lo más delirante e inexplicable; al pensar en ello me invade un profundo desconocimiento...

¿Cómo es esto posible? ¿Cómo explicar su materialización, su hacerse cuerpo, su volverse raíz, tronco, tallo, hojas, flores, en fin: su volverse planta? ¿Cómo es posible esa aparición mágica, ese volverse existen-

cia de lo que no la tenía, ese aparecer algo allí donde nada, aparentemente nada, había? He estado detenido en este punto –en esta incógnita– desde que estoy con ellas. Esta cuestión me pone blanco una y otra vez.

A los ojos, ocurre así: un día nada y al otro día planta. Y en unas pocas semanas ellas lo han invadido todo, y se yerguen al sol anchas y soberanas, como si conociesen la vida en su origen mismo, o como si estuviesen en el mundo desde siempre. Yo sé que hay muchos que se sorprenden y vuelcan su atención hacia la planta en el momento en que ésta muere: la planta se marchita y se buscan y rebuscan miles de explicaciones... ¿pero no hay más sorpresa en el hecho de que una planta viva, de que sea posible? O quedamos fascinados por una forma cualquiera, la de una flor por ejemplo, pero ni se nos cruza intrigarnos por el proceso mismo de formación, de materialización de la flor, el volverse flor de la flor. Lo que a mí me sorprende y desconcierta no son las formas más o menos fabulosas que ellas puedan adquirir, no es tal o cual

forma lo que me asombra sino el hecho de la forma en sí, considerado de manera abstracta. Lo que me desconcierta es el hecho de que sean posibles, de que aparezcan, el hecho de su corporización. Pero además, inextricablemente unido a esto tiene que estar presente la razón de su diversidad. Porque considerar el hecho es considerar la multiplicidad de hechos, ambas cosas son inseparables. Aquello de lo que ellas darían cuenta debiera ser también aquello que da cuenta de la diversidad de sus formas, de sus colores y olores distintos, de sus efectos variados y variables, de sus necesidades y ritmos diferentes, en suma: de su especificidad.

Explicar, dar cuenta de una evidencia, tiene que ser asunto de lo más antiguo... Y tiene que doblarse en el asunto siguiente: ¿de qué da cuenta esa evidencia, qué supone? ¿Qué explica y qué implica esa evidencia? ¿Sobre qué fondo ellas se recortan, sobre qué fondo emergen? ¿Qué es aquello que las diferencia y sostiene, qué las hace posible una y otra y otra vez? ¿De dónde vienen las plantas? ¿Se guardan en algún lado, antes de nacer y

crecer? Si es así, ¿dónde, dónde se guardan, en qué lugar permanecerían plegadas, enrolladas? Y más aún: ¿qué las hace posible, ya no en tanto forma más o menos estabilizada y que se actualiza en cada planta concreta, sino en tanto forma que ha debido a su vez formarse, constituirse? ¿Hasta dónde nos puede llevar la idea de que hay poderes presentes aquí y ahora detrás de toda evidencia –detrás o delante, o abajo y arriba, o por en medio, atravesando toda evidencia–, poderes formativos, y por tanto pre-formales, poderes desaparecidos en su aparición, en su manifestación concreta, poderes ocultos en tanto se mostrarían sólo por omisión? Hay algo a adivinarse, a conjeturarse, ¿también, algo que adivina, algo que conjetura? ¿Tendrá todo esto algo que ver con los sueños, quiero decir: cuánto de imaginario hay en este proceso? ¿Y cuánto de memoria? ¿Quién sueña, quién recuerda? ¿Sueña la naturaleza? Cuando soñamos, ¿es ella quien sueña en nosotros?

Se podrá invocar el código genético. Se podrá decir: las plantas tienen códigos genéticos que las explican,

que explican que sean plantas. Aquí, lo que esta tesis no explicaría es cómo se constituyó el código. Todos los codificadores de la naturaleza proceden siempre como sigue: dado un estímulo, constatan los procesos químicos que se desatan, luego, explican las reacciones a partir de esos mismos procesos químicos desatados. Pero no explican el proceso por el cual el código ha devenido código, y por qué ha devenido ese y no otro. Por esto no pueden sino caer permanentemente en la tautología. Así, no se podría dar cuenta nunca del origen de una cosa, sino sólo de sus resultados.

VII / Busco indicios

Yo busco indicios de algo poderoso, de algo grande. Entiendo que el presupuesto bajo el cual me muevo es que puedo encontrar la presencia de “eso” en todas las cosas, de que “eso” es omnipresente, como la Ballena Blanca. En este sentido, las plantas son prescindibles, casi una excusa. Pero por otro lado, necesito someterme a ellas, a su singularidad, a su especificidad, para desenrollarlas o desarmarlas, y ahí, en ese proceso, intentar ver algo, atisbar algo de eso que las excede pero que sin embargo no existe sin ellas, que yo no podría ver sin ellas. Pues un poder así sólo se manifestaría en acto, sólo en las cosas concretas sería “visible”.

VIII / Ellas ya crecen y ya se mueren

Ellas ya crecen y ya se mueren. Su crecimiento es tan ininterrumpido, tan incesante, que uno no lo nota, y ellas parecen fijas y estáticas. Como pasa con los astros celestes y con la tierra, aquí también la inmovilidad y la lentitud extrema tienen que ser efectos de una velocidad incesante, de un galope ininterrumpido y, en tanto tal, estático, quieto, eterno, sin principio ni fin.

Porque con ellas es todo ya viejo, todo ya comienzo. Es ya viejo y ya comienzo. Como la luz de las estrellas, que cuando nos llega a nosotros con todo el vigor de su luminosidad ya lleva mucho tiempo de viaje y de muerte, pero sin necesidad de considerar distancias siderales, sin necesidad de considerar ningún recorrido espacial, pues antes que un efecto óptico considero que lo que está involucrado aquí es la cuestión del ritmo, del tiempo, de aquello que pulsa. No se trata de la distancia recorrida entre dos estados de la planta sino del intento de captarlas en movimiento, y esto lo cambia y compli-

ca todo. Quiero decir algo sobre su ritmo, no sobre sus fijaciones. A mí me desconcierta, durante el crecimiento, todo eso que pasa entre el antes y el después en la planta. Ese instante que no se puede captar por pasar tan rápido, por ser justamente instante. No es que uno no se lo imagine, y de hecho hay muchas filmaciones en cámara lenta sobre el crecimiento vegetal. No es mi deseo recomponer ese momento que se va sin que, a los ojos, lo notemos. Hay otra cosa ahí. Hay una cuestión lógica, abstracta que se abre allí sobre ese terreno. Una cuestión de ciclos, de vida y muerte, de tiempo que pasa, que no cesa de pasar. El “eterno río del devenir”, el instante, aquello en lo cual pasa la vida y la muerte, no puede pasar, justamente porque no deja de pasar, de hacer pasar. Pasado y futuro se confunden en este instante que es único y que es eterno, estableciendo entre ellos re-envíos sin lógica secuenciada. Así en las plantas. Ellas, al crecer, viven y mueren a un mismo tiempo, lo que ellas van a ser está presente en el instante junto con lo que ya no son, como un movimiento circular pero

perpetuamente desplazado, abierto. Si pasado y futuro no fuesen simultáneos, ellas no podrían “haber sido” nunca —¿cómo puede haber un pasado si ese pasado no es ya futuro, si no es ya otra cosa además de pasado?—, y sólo restaría considerarlas a partir de un estado fijo e inmutable cuyo movimiento tendría por único fin ser decadente. Pero todo esto es también lo que nos ocurre con la sombra y con el mar, que comparten con las plantas ese aire intempestivo que exhala todo aquello que nos recuerda una y otra vez la irremediable contingencia de este mundo, ese aire de ese instante que se escapa sin cesar por tan pequeño y ligero, pero que extiende inmóvil largos brazos sin fin. Hay ondas, tiene que haber ondas por todas partes y en todas las cosas, pulsaciones que, en sí mismas, y considerando las cosas en movimiento, no van ni vienen, y ni viven ni mueren, sino que están siempre en el mismo “lugar”, habiendo empezado ya siempre, por tanto no terminando nunca, haciendo continuamente posible que las cosas vayan y vengan, vivan y mueran.

IX / Puntas y podas

Ellas se hacen cuerpo abriéndose, avanzan y se expanden abriéndose en sus puntas; una verdadera muchedumbre es la que va delante y avanza, una muchedumbre de lo más enérgica. (Ya en la semilla misma alberga esa especie de pequeño gusano blanco con tres puntas, una para las raíces y las otras dos como esbozo de las dos primeras hojas –dos primeras hojas que, no está de más decirlo, son completamente diferentes, de otro tipo, de una tipo más general, que las hojas que vendrán luego, las hermosas hojas que son distintivas del cannabis y le pertenecen exclusivamente). De allí que, dada esta muchedumbre, si nos ponemos a revisar y observar con detenimiento esas puntas, sobre todo aquella primera y principal que está como a la vanguardia y cuyo transcurrir y desenvolvimiento le da a la planta esa forma como de pino, pero si tomamos una punta cualquiera y la abrimos con la pretensión de llegar hasta el final, de “deshojar por completo

el capullo”, si nos hacemos de ese tiempo y de meticolosa paciencia tal pretensión se nos revelará inútil, pues no llegaremos nunca hasta el fondo, pues no hay allí ningún fondo ni ningún final sino solamente ese pequeñísimo abismo formado por puntas que contienen otras puntas que contienen otras a su vez, ese trayecto hacia lo cada vez más pequeño que parece no terminar nunca y que se abisma mucho más allá de lo que nuestros ojos puedan llegar a ver y nuestras manos manipular, en camino a lo infinito.

Siempre crecen por las puntas, y es por esto mismo que una punta contiene muchas. Así es cómo se abren en el aire: desplegando puntas que contienen otras puntas a desplegar. Por eso al podarlas puede pasar de todo. Dependiendo de si se las poda o no, y de cómo se las pode, es cómo irán saliendo sus puntas y qué forma concreta adquirirá la planta. Generalmente, si hay intención de podarlas, ya sea para que no estén tan visibles o para que resistan mejor el viento en la etapa de floración, o por la razón que sea, lo

que se poda es la punta más avanzada, la que está a la vanguardia, es decir: la que está más cerca del sol. Ahora bien, como dije, puede pasar de todo. Al podarlas en las puntas, al podarlas por donde crecen, lo que se hace es multiplicar sus ramas, y según la poda que se haga, o la serie sucesiva de podas, pueden salir dos, tres, cinco, diez ramas distintas, diez trazos diferentes. Lo que parecía un pino, ahora no se sabe qué cosa es; su energía, la muchedumbre que envuelven sus puntas, se ha redistribuido por completo. Así pasa también no solamente que lo cortado se bifurca en distintas ramas sino además que la planta se ensancha, pues crecen más vigorosamente las ramas laterales – del mismo modo que, si se cortan las ramas laterales, se le da más ímpetu a la punta principal.

También se les puede doblar la rama principal hasta dejarla en posición horizontal, atándola desde su extremo superior al suelo o a la maceta.

¿De qué depende la distribución de la energía de la planta? ¿De qué depende que crezcan más vigorosa-

mente de un lado y no de otro? Indudablemente, de la distancia de las partes de la planta respecto al sol. Esto se pone en evidencia al doblarlas, pues al dejar al tronco principal en posición horizontal, al doblarlo hasta ese punto y dejarlo fijo allí, las ramas que estaban debajo y que ahora permanecen a un mismo nivel se desarrollan con más fuerza, al mismo tiempo que la punta del tronco principal redobla sus esfuerzos por llegar a la luz creciendo verticalmente desde la parte en que queda libre, sin atar.

Al podarlas sus posibilidades se acortan, y al mismo tiempo se acrecientan. El sentido de la poda, desde el punto de vista de las plantas y no de los fines que nosotros persigamos con ello, es el ser un obstáculo. Al podarlas les ponemos delante una especie de pared. Así es cómo se abren y cobran formas asombrosas, como si ese obstáculo las hubiese fortalecido, como si ellas encontraran el modo de sortearlo multiplicando los caminos. Es raro, muy raro esto de que cortándoles una punta, una punta cuyo

extremo puede ser apenas visible, ellas redistribuyan su ímpetu por completo. Este simple no, este “de este modo no”, este obstáculo, esta pared, no les sustrae nada de energía, no les quita el ímpetu, sino que las fuerza a abrirse y expandirse por otros lados, por caminos diversos, adoptando las formas más raras y desconocidas, pegando vueltas imprevisibles, todo, como dije, por tener que sortear esta dificultad que se les presenta.

X / Machos y hembras

En el cultivo del cannabis es de vital importancia conocer la diferencia entre plantas macho y plantas hembra. Yo creo que una fórmula simple para expresarla puede ser la siguiente: la psicodelia, la imaginación está en las hembras. Son éstas las que están abiertas a perversiones y transformaciones de todo tipo: en ellas pueden crecer monstruos. Los machos, considerados en sí mismos, son más bien inútiles, e incluso, hasta cierto punto, reemplazables por la práctica del esquejado. Las plantas macho están demasiado determinadas: tienen su polen, y nada más puede sacarse de ellos. En las hembras en cambio crecen al menos dos cosas diferentes: semillas y resina. Es como si en las plantas hembra la receptividad estuviese desarrollada hasta límites que las plantas macho no podrán nunca conocer. La receptividad, es decir, esa potencia sin igual que les permite albergar, transformar o hacer crecer dentro de sí sustancias

con las que no nacieron y que no les pertenecen. No es que cualquier cosa sea compatible con ellas, que dejen entrar cualquier cosa, pero están abiertas, y esto es fundamental. En ellas se puede experimentar. Y ellas pueden hacer venir cosas lejanas.

Por supuesto, las plantas macho se usan y sirven. Usamos su polen para sacar semillas, y son indispensables a la hora de intentar hacer otra variedad de cannabis. Pero ¿dónde se realizan las mezclas? ¿Quién recibe a los visitantes? ¿Dónde se fusionan y combinan las sustancias? Además, ¿qué se hace luego con ellos? Llegan incluso a ser una molestia... Yo creo que el sentido de las plantas macho tiene mucho de sacrificial: el acto de dar polen debiera ser en ellos el único gran acto, y luego morir, como pasa en algunos reinos animales.

XI / Se viene un ambiente

Ellas se vienen, todo un ambiente se viene. El hecho de que aparezcan de la nada es de lo más fascinante; de la nada, dadas ciertas condiciones: no a partir de nada. Pero es así: vienen de “otro” mundo, como todos esos bichos... Es una ilusión pensar que aislando la planta se evitan los bichos: estos no se evitan, vienen con la planta, en las semillas. Porque lo que nace, al nacer una planta, lo que se viene y crece y apodera del aire es todo un pequeño mundo, todo un mundillo, no una planta. Por ello es que digo que los bichos vienen junto con ellas, en las semillas –y decir “en las semillas” no es más que un modo de decir.

También los bichos parecen venir desde ningún lugar, todo un ambiente se viene desde un no-lugar. La prueba de ello es que se puede encerrar a la planta en un lugar hermético, y, siempre y en cuanto en ese lugar circule aire, para que crezca algo, en primer lugar la planta, por más que la encerremos allí aparecerán

bichos; y todavía más, pues en esas condiciones, lo seguro es que aparezcan más que al aire libre.

Todo esto indica además que el bicherío que con ellas viene no actúa ni se expande por contagio sino dadas ciertas condiciones de surgimiento, ciertas conjunciones entre lo “interno” y lo “externo”. Una planta puede estar hiper-infestada y la de al lado no tener ni uno solo, o algunos pocos inofensivos; esa planta infestada puede tener un crecimiento de raíz más feroz y tupido y necesitar más agua o más tierra, o menos sequedad de ambiente, y por esto aparecen, por ejemplo, arañas rojas. Aquí, con esta planta, pareciera que lo que ha promovido esa aparición feroz de bicherío es la no-correspondencia o la incompatibilidad entre su interior y su exterior. El contagio sólo sirve como explicación si lo consideramos de modo secundario: se da cuando hay condiciones que lo facilitan, si no no pasa nada: cada planta pareciera ser a este respecto una mónada hiper-hermética, un ente “aislado”, con un devenir propio que la distingue del resto.

XII / Una planta de diseño

La relación del cannabis con la geografía tiene sus particularidades. No es, digamos, ese estilo de plantas con flores delicadas que nacen sólo en determinados ambientes muy específicos. El cannabis crece en todo lado, puede hacerlo. Surgido, inventado en geografías inhóspitas, pero con ciertas necesidades de trópico, el cannabis termina creciendo en cualquier lugar donde haya sol. El cannabis es resistente, y sin duda esa cualidad ha posibilitado su sencilla “domesticación”, al hacer de ella una especie de planta super-adaptable.

Tal vez nunca pueda saberse la cuestión de si las plantas se adaptan a las circunstancias o si adaptan las circunstancias a ellas, a sus necesidades. Esto dependerá, no se puede establecer ideas generales sino ver cada caso concreto. En cierto sentido, cambiar las circunstancias es cambiar con las circunstancias. Sea como sea, y dejando abierta la posibilidad de una relación a-causal entre plantas y circunstancias, lo cierto es

que el cannabis se adapta modificándose, a veces más, a veces menos. Es una planta muy “intervenible”, y continuamente se están elaborando, en laboratorios de todo tipo, nuevos diseños de cannabis adaptados a gusto de los usuarios y a las características climáticas de cada región del planeta. Tal como se produce y circula hoy, el cannabis es ya una planta de diseño. Pero este diseño puede verse sobrepasado en la práctica. Aquí puede (o no) surgir cualquier cosa, sobre todo si mantenemos (con semillas o con esquejes) por un tiempo a una misma generación de plantas. A mí algunas se me han vuelto autoflorescentes, otras me han sacado semillas sin haber sido fertilizadas, otras han cambiado la forma de sus hojas, otras se desarrollan más rápido o más lento, hasta los olores y los efectos pueden variar radicalmente... Como si hubiera un fondo del que ningún diseño puede sustraerse, un fondo natural, un instinto de cambio y devenir al que las plantas obedecen sin rebeldía y que adopta sus formas concretas según –aunque no necesariamen-

te de acuerdo a— lo concreto de cada circunstancia. Todas las intervenciones y los diseños que se realizan con el cannabis tienen que tener ese presupuesto para ser posibles, esa condición que da a diseñar y que las plantas utilizan por su cuenta, sin necesidad de la intervención del hombre, según sean los problemas que se les presentan, las velocidades con que cuenten, los fines que persigan, etc.

XIII / Brotes y raíces

Hay algunas cosas que pueden llevarnos a engaño: es lo que pasa, por ejemplo, con los brotes, esos pequeños y frágiles retoños que parecen ridículos y sin gracia ni potencia en relación con lo que anuncian, con la frondosidad que vendrá luego.

Hay brotes de crecimiento ultrarrápido; no digo que esto sea una ley, pero conviene desconfiar de ellos: suelen morir también rápidamente. Uno piensa que lo que va a venir es la planta más vigorosa de todas, y el brote no hace sino morirse a los pocos días, sin soportar ni un poquito de sol. Estamos hablando de la etapa más frágil de todas, donde más cuidado hay que tener y donde más engaños pueden producirse. Bien. Hay otro tipo de brotes que tardan en abrir y salir de las semillas y que una vez fuera parecen ir lento, muy lento, evidenciando un claro “retraso” de crecimiento en comparación con la velocidad media de desarrollo del resto de los brotes de la tanda. Pero, por raro que pa-

rezca, puede que sean éstos los que más fuertes y sanos crezcan, puede que una vez estabilizados sean frenéticos, rápidos entre los rápidos —el cannabis, ya dije, es una planta rápida. ¿No será justamente que lo que los hace más fuertes sea esa necesidad que tienen de hacerse fuertes —es decir: tienen necesidad de ser fuertes para crecer, y de allí que puedan hacerse fuertes? O de otra manera: ¿las plantas, para crecer lozanas, deben desarrollar sus propias resistencias, como si éstas en vez de debilitarlas las vivificaran? Digamos, entiendo que puede ser comparable a la crisálida; se sabe que si un tonto humano, al ver una crisálida saliendo de su caparazón, por la piedad y la lástima que le produce ese atormentado y extenuante acontecimiento, le ayuda a salir, esa crisálida no tendrá mucha vida: esa “ayuda” la ha arruinado... En cambio, aquellas que están solas en ese trance, cosa que, por lo demás, es ley y no excepción en la naturaleza, al menos en el mundo vegetal, las que deben usar en esa actividad toda la energía que son capaces de producir, incluso más de la

que poseen (todo esto siempre es una locura), aquellas que con un inmenso gasto de energía logran rasgar el caparazón que las aprisiona serán fuertes y sanas y bellas –serán bellas justamente por ser fuertes y sanas, serán bellas por su poder, aunque su apariencia repugne a los sentidos.

Ya digo, no es una ley, pero conviene medir la confianza con los brotes ultrarrápidos: suelen ser los más débiles de todos, y hay que guarecerlos por más tiempo y no exponerlos al sol y al viento sino hasta muy tarde.

De todos modos, para conjurar el peligro de los brotes, el peligro de que mueran demasiado pronto, hay que estar muy atento a sus raíces. El crecimiento de las raíces es tan importante como el de sus hojas y ramas, y envuelve tanto o más misterio que éstas. Porque las plantas crecen hacia arriba y mucho más hacia abajo, y porque para que la planta conquiste el espacio, para que crezca y se expanda y flote en el aire, sus raíces deben estar bien tupidas y desarrolladas.

Las raíces crecen más veloz aún que las hojas y las ramas, y son mucho más extensas que aquellas –yo creo que de ponerlas longitudinalmente la unidad de medida no sería el metro sino el kilómetro. Millares y millares de pequeños y suaves pelitos blanquecinos se dividen sin cesar y surcan la tierra y la van abriendo, hundiéndose de un salto en ella: en sus dominios no hay un solo casquito de tierra que no esté penetrado por ellas, y esto explica que a pesar de ser tan frágiles, contadas de a una, se aferren tanto y sean tan difíciles de arrancar, actuando en conjunto: si queremos arrancar la planta de raíz, toda la tierra vamos a tener que sacar con ella, y nos va a parecer que el entero suelo del mundo va a temblar antes de que una sola raíz ceda.

Que las plantas echen raíces es de lo más importante, y también lo más difícil de seguir, pues trabajan en las profundidades, allí donde nosotros ya no vemos. Pero ellas sí ven, su tacto es visionario, y es por esto sin duda que son primeras en el desarrollo de la planta:

son la parte más exploradora de ésta. Cuando la planta está directamente en el suelo, la expansión de las raíces cala muy hondo y no tiene límites: ellas avanzan hasta donde pueden, y pueden mucho... Pueden perforar incluso piedras, o se bifurcan más aún y lo rodean todo abriendo vericuetos insospechados. Cuando están en masetas, en cambio, al llegar al final, cosa que logran muy rápidamente, al llegar al final y no poder avanzar más, comienzan a dar vueltas sobre sí mismas; y es que en cierta etapa de su desarrollo, sobre todo al principio, ellas están a todo momento y por todos los medios intentando salir del límite estrecho que les imponen las masetas: en cuanto agujero haya asoman y exploran el terreno —en esto se parecen a los roedores enjaulados, que están continuamente intentando conspirar contra el encierro que los postra. Cuando se les hace evidente, sin duda cuando comprenden que la tierra ya no sigue por allí, o más bien que la humedad cesa, vuelven el camino andado y se enroscan indefinidamente, girando sobre sí mismas en círculos

que arman sobre el redondo fondo de las masetas, sin parar de crecer y crecer, formando círculos y círculos y círculos... Por esto estése seguro de que cuando el terreno es ancho y basto, las plantas crecerán tanto como tanto exploren, desciendan y se abran sus raíces. Y la planta que en una masetta nos da cinco o seis cogollos, en pleno suelo nos dará quinientos o seiscientos. Lo que hubiese sido una enana blanca terminará siendo una galaxia entera.

XIV / Floración

Que una planta esté florando significa que está muriendo a mayor velocidad. Esto se nota con mayor evidencia a medida que la floración va avanzando, pero está presente ya desde el inicio. En efecto, la planta tiene etapas distintas (brote, crecimiento, floración) y etapas dentro de cada etapa. ¿Y qué define una etapa?: velocidades diferentes, ritmos diferentes. No obstante, es difícil decir aquí “más o menos” velocidad, pues cuando las cosas van muy rápido las referencias tienden a diluirse y la comparación se hace imposible. Así y todo creo que esta constatación es verídica: una planta que está florando es una planta que muere con más ganas.

En el inicio de la floración, uno, de ser ansioso, puede desesperarse, así de lento es el proceso aquí: los pelitos blanquísimos de los tricomas parecen aparecer uno a uno. Pero en verdad esto es una sensación del observador y no la cosa real, porque aquí, como todo en la planta, lo que aparece es siempre ya mu-

cho, siempre ya simultáneo, y avanza no de modo lineal o progresivo sino, en todo caso, exponencial. Esto es lo que se evidencia en una etapa avanzada de floración. Y también allí, en la recta final hacia la muerte, cuando los cogollos aparecen frenéticamente tomando toda la planta, llenándola de pelos blancos, rebasándola, allí en ese momento en que las hojas se ponen amarillas y secan y caen, y las raíces dejan de crecer y los bichos abundan (poniéndolo todo en peligro), allí cuando todo en la planta excepto sus flores se debilita al extremo, como extenuada y en trance de agotarse por completo, allí también se evidencia el vértigo y la felicidad de lo que muere dándolo todo, de lo que muere justamente porque está dándolo todo... Y digo felicidad, pues ¿a qué se debe sino ese exquisito olor que largan, ese aroma de los cogollos bien resinosos, tan al filo de la podredumbre pero también tan lejos? ¿A diferencia de aquel fortísimo olor a podrido que largan las cosas que mueren en la impotencia! ¡Cuán diferente es esta

muerte de aquello que muere frustrado o abortado! – como ocurre con plantas cuyo aroma exquisito degenera paulatinamente en fetidez al no ser fertilizadas.

En la floración, al irse formando los cogollos, cuando estos se van poniendo gordos y resinosos, las plantas comienzan a derramar cristales por todos lados. Como un dique que sobrepasa su capacidad, los cristales van cayendo y posándose en las hojas; por eso, cuando las cortamos, tenemos que tener en cuenta y dejar aquellas hojas que están llenas de cristales (estas hojas brillan a la luz del sol). Ahora bien: ellas eligen o seleccionan las hojas en las cuales irán a parar los cristales de resina. Son ellas las que hacen esa selección. No es por el viento que eso pasa. Tampoco es que los cristales van cayendo en las hojas más próximas a los cogollos. Nada de esto, no se trata de un puro mecanismo. Ellas parecen desechar las partes muertas (las hojas más viejas, generalmente) y procuran que el derrame caiga en las partes vivas (las hojas más nuevas, generalmente). En las hojas viejas, o en las infestadas de bichos (generalmente las hojas más viejas son las que están infestadas de

bichos) es muy difícil encontrar siquiera un solo cristal de resina. Uno puede pensar que esto pasa justamente porque las hojas más viejas son las más secas y por lo tanto los cristales no pueden adherirse a ellas. Pero esto choca con el hecho de que hay hojas verdes y pringosas sobre las cuales no se ve ni un solo cristal; ¿por qué? Porque no obstante esas hojas pueden estar llenas de bicherío, o ser lo suficientemente viejas y primeras y a pesar de su verdor adhesivo estar más muertas que vivas. Otra prueba de que no se trata de un puro mecanismo, de que no se debe ni al viento ni al azar de la distancia (de lo que le toca en suerte a cada hoja) es que los cristales, al derramarse, se adhieren no sólo a la parte superior de la hoja sino también a su anverso, y esa hoja, llena de cristales por arriba y por abajo, puede no dejar pasar ni un solo cristal a la hoja que está inmediatamente debajo de ella, incluso aunque estén pegadas y se toquen. Yo estoy tan seguro de esto que puedo darme cuenta qué hoja tiene cristales y cuál no, sin necesidad de podarlas a la luz del día para verlos; de hecho, aquí, como con otras cosas, trabajo siempre de noche.

XV / Olores

Las hay con olor chillón, un olor que nos satura muy rápida y fácilmente, y las hay, mejores, con olor opaco, de penetración lenta pero persistente, como los buenos perfumes, a los que olemos tarde pero cuyo aroma nos persigue todo el día.

XVI / Hablo de ellas en plural

Yo hablo de ellas en general, en plural; lo que describo es válido para todas y cada una —con sus ajustes precisos y sus manifestaciones diversas. Pero esto, entiendo, tiene como condición un acto epistemológico anterior, y es el haberlas podido llegar a conocer en su individualidad, experimentando, y luego agrupando y dividiendo, todas las series de datos específicos que cada una me ha dado; yo reconozco a cada una de ellas en sus olores, en el gusto al fumarlas, en cómo pegan, en el modo de crecer y de florar, sus ritmos, la forma de sus hojas, la agresividad de sus raíces... en fin: en la constelación dispersa y diversa de sus manifestaciones concretas e individuales, a la cual dividí y agrupé, formé, estableciendo cercanías y distancias. Pero ¿cómo se pasa de lo uno a lo otro? ¿Cuál es el criterio para saber cuándo se está en presencia de algo accesorio y cuándo de algo fundamental? Hay que buscar la intuición que las envuelve y recorre a todas.

Este método, lejos de garantizarnos que no erramos (siempre estamos a punto de confundirlo todo, y no sé si podríamos proceder sin confundirlo todo), tiene, no obstante, la ventaja de volver indiscernible la cuestión de saber qué de aquello que se encuentra pertenece a las plantas y qué a nuestra invención; así también, por tanto, lo que encontremos nos vivificará, pues servirá tanto para explicar a las plantas como para abrirnos un camino a nosotros mismos.

XVII / Silencio, contemplar, desarmar

Jamás les hablo, no me lo permito. Me basta el silencio para comprenderlas. A veces se piensa que hablarle a una planta es señal de co-penetración, de empatía. Para mí es lo contrario: si yo callo, ellas hablan. Por eso me limito a contemplarlas y desarmarlas. No necesito “comunicarme” con ellas: necesito que ellas me comuniquen algo. Entonces las abro y las rompo, para dividir las en partes y ver cómo están hechas —así mis especulaciones son más precisas, tienen más agarre. Mis manos en este sentido están llenas de sangre, de sangre de planta. Además, al hablarles lo que hago es sólo reducirlas a mis formas, a lo que ya espero de ellas y que me surge espontáneamente; así, cualquier comunicación está ya abortada. Porque es el silencio lo que encierra la posibilidad de un lenguaje universal; tal lenguaje, tal entendimiento, solo es posible si es silencioso. Porque es en silencio que pasa aquello que dice cosas en todas direcciones.

XVIII / Veo a través de ellas

Yo aquí veo a través de ellas, sometiéndome a ellas para intentar captar su experiencia y hacerla mía. ¿Por qué me es necesario ver a través de ellas? ¿Por qué buscar fuera lo que uno presume puede estar ya “dentro”? Para descentrarme, para exigirme y ejercitar el descentramiento –bajo el presupuesto de que así puedo llegar a ver otras cosas, de que así puedo llegar a ver más de lo que veo. Y corriendo evidentemente más que nunca el riesgo de antropomorfiarlo todo, convertir todo en una metáfora, de proyectar mi yo sobre todas las cosas –cuando lo que busco es que ellas proyecten sus “yoes” sobre mí, verme bajo su luz, absorber su luz. ¿Cómo evito este riesgo inherente? Siguiendo el filo de lo desconocido, confiando en lo que desconozco, sin intentar traducir nada. Si me someto a ellas, si las observo rigurosamente, es para ver más, para que con ellas choquen mis contrariedades y se disipen, y pueda quedar vacío, sin pensamientos propios, pero llenándome con los suyos –“absorber su luz”.

XIX / Impunidad

Hasta tanto el cultivo de cannabis no se legalice, el nivel de impunidad que se sienta es esencial para cualquier cultivador. Sobre todo si las plantas están afuera, a la vista de todos, si no se esconde nada. Yo, a este respecto, he tenido mis altibajos. A medida que las plantas fueron creciendo y, por poner una medida cualquiera, pasé de tener una a tener veinte, ¡Dios, el mundo se me achicó por completo! Escuchen esta imagen, sino: es una hermosa tarde de verano y estoy sentado en el balcón mirando la única y primera planta que tengo, cortando hojas amarillas, buscando bichos, o lo que sea (boludeando). Al lado la vecina sale al balcón y riega las plantas, nos saludamos con una sonrisa; enfrente, a un lado y otro, salen personas a los balcones, algunas llegan a verme, yo sigo como si nada. No me preocupa que me vean, ni me lo pregunto. Con la vecina de al lado, apenas, pero no le doy demasiada importancia y me olvido

enseguida de ella. Pero ¿con los de enfrente? ¡Qué va, si parecen tan lejos! Una ancha avenida nos separa, ¿quién va a poder ver que esta planta es de marihuana? Además ¿quién las reconoce? ¿Esos viejos de setenta años que se la pasan regando? ¿Esa vecina depresiva que sale siempre en camión a fumar un cigarro? Ni se me pasa por la cabeza nada de eso. Estoy aislado en mi mundo, olvidado del mundo, como los nenes cuando juegan; tengo una coraza que no deja pasar nada y me hace inmune. Ahora bien: unos meses después mi balcón está lleno de plantas y con un olor... y en mí ahora la ancha avenida ya no es siquiera una pequeña vereda del centro, todos los edificios se me acercan, las ventanas de los edificios son ojos que pueden estar mirando en todo momento —las cortinas parecen moverse y delatar vigilantes vecinos detrás—; literalmente, los edificios se me vienen encima y me rodean demasiado cerca, todo se me acerca y los ojos abundan y me juzgan, viniendo de lugares remotos, ridículos... mi conciencia me

atormenta, se pone en mi contra y me pesa y me aplasta; pasé de la niñez a la paranoia, me siento expuesto a cada lado.

Pero justo por eso lo más importante de la impunidad en verdad no está en relación con lo legal sino con lo sensible. Porque este miedo a caer bajo la órbita de la ley, si bien de modo no lineal, se abre y se extiende sobre nuestra sensibilidad, cobrando otros sentidos, más atroces; así, nos sentimos unos incapaces, y al querer avanzar en algo nos llenamos de pensamientos esclavos, pensamientos cuyo fondo de sentido dominante es el siguiente: tené miedo, no hagas mal. Una condición de esto entiendo es estar llenos de miradas “ajenas”, miradas que pretendemos benévolas y cálidas, a modo de aliento, pero que pueden ser por lo mismo jueces malditos que vienen a envenenar juzgando aquello que hacemos y amamos... el nombre del veneno se llama impotencia, y opera midiendo y juzgando logros personales, a partir de los cuales nos juzgamos a nosotros como

capaces o incapaces, culpables o inocentes; ese veneno, ese juicio tiene un efecto directo en la vitalidad: aumenta de modo ficticio cuando nos susurra cálidas aprobaciones, y se desinfla irremediabilmente como un globo pinchado cuando nos critica y castiga –ciclo que, éste último, al estar arraigado en el goce que nos produce el juicio y el castigo, puede devenir en una especie de vicio de autocastigo; con el globo desinflado el yo no encuentra consuelo, y en ciertas circunstancias puede terminar muy aferrado consolándose con el consuelo de no tener consuelo... Todo esto no es sino las vueltas por las cuales el miedo sobrevive en el juicio, gracias al juicio; no es sino los modos por los cuales permanecemos presos de nosotros mismos, centrados en nosotros mismos, girando sin cesar sobre esa nada que es el Yo.

Por eso, en el tratamiento con las plantas es fundamental poder desligarse en alguna medida de todo ese mecanismo maldito para poder ver cómo miran ellas, para ver desde ellas. Y es así que el sentido y la

importancia de la impunidad en el cultivo de cannabis no sea ya simplemente el no tener miedo a la ley, sino más profundamente el de higienizarnos, es decir, limpiarnos de pensamientos esclavos –tal vez, a fuerza de obedecer de modo implacable a otra voz, otra voz que tendremos que buscar y que tal vez ya hable y emita signos, sólo que de modo bajo e ininteligible, dejada de lado por nosotros, tapada por los estridentes gritos de otras voces.

No se trata de “sentirse impune” sino de volverse capaz de captar la radical inocencia que puede haber en cada acto de vida. Si hablo de impunidad creo que es porque me sirve para ver mejor aquello contra lo que va la idea de inocencia: contra los pensamientos esclavos, es decir, todos aquellos pensamientos que nos enmarañan de miedo, interponiéndose con excusas (“que si esto, que si lo otro”) en medio de la prosecución de nuestros deseos. Esta inocencia se capta en las plantas. También en los niños, incluso –o tal vez sobre todo– cuando son crueles. Esta ino-

cencia se ve por fin también en los “grandes acontecimientos históricos”, o en algunas revueltas, momentos en los que determinadas miradas caen y que no carecen de ingenuidad, pues todo parece posible –aquí también, por lo demás, es todo un ambiente el que se yergue, que se yergue y que aísla el mundo en un instante de insensata intensidad.

XX / Bonsái de marihuana

Tuve la primera planta y tuve que ir a ver los manuales: éstos me ayudaron mucho. Pero lo que me pasó cuando hice bonsáis es de lo más extraño: las intuiciones comenzaron a trabajar solas, sin referentes. Agarré unos plantines, y empecé a cortar. Había visto algo. Corté raíces, y alguna que otra hoja. Cuando terminé miré por Internet: quería saber cómo se hace un bonsai. De la experiencia azarosa (como me pasó, que de golpe tenía una planta sin habérmelo propuesto) se puede ir a los manuales, y éstos nos pueden ser de gran ayuda —yo me los he aprendido de memoria—, pero hay otra experiencia que comienza cuando nos olvidamos de los manuales y actuamos por instinto. Acá comienzan las pruebas, los errores, los aprendizajes. Por esto mismo no voy a decir que lo que yo hice coincidió con lo que vi luego en Internet... pero tampoco importa, quedémonos simplemente con el hecho de que pude intuir el cómo se

hacía, que pude verlo, pues el experimento funcionó, fue efectivo –y que lo que hagamos con la planta tenga su efectividad es de lo más importante. Sí, lo intuí, y lo intuí a partir de informaciones imprecisas y fragmentarias, de noticias que hasta ahora no he sabido si realmente las he escuchado en algún lado, o me las inventé ahí mismo, en el mismísimo momento en que ensayaba el bonsái de marihuana.

XXI / Ir de viaje

Creo no haber tenido nunca lo que se dice una inquietud intelectual con las plantas, antes bien, todo lo que he necesitado averiguar y saber ha tenido siempre un vínculo práctico. No me ha interesado empezar por saber más de lo que la práctica me exigía; así no obstante me he informado de mucho, he leído muchos manuales y como dije me los he aprendido de memoria. Pero en la práctica misma, en su desarrollo, en el involucramiento en ella, a medida que trascurrió tiempo, se ha abierto la posibilidad y ha surgido el deseo de un vínculo de otra índole con la práctica, a modo de una línea adjunta, de relevancia emocional y que no es sino el deseo de comprender o conocer (y ya no simplemente saber o informarme). No es que yo en un momento me propuse eso, me ví en eso una vez que ya estaba en sus dominios, quiero decir, en los dominios de ese deseo. La práctica misma, al exigirme esto y aquello, y yo corresponderle, se ha estimulado a

sí misma, abriendo canales por donde mi atención se ha ido a modo de un ocioso e inútil pasatiempo, canales poco prácticos, por así decir, pero no sin relevancia especulativa, canales que se abren y abren y en los que mi atención se bifurca, inmóvil, contemplativa.

Es increíble la infinidad de cosas que involucra el hecho de que una planta pueda vivir, algunas nos son muy cercanas, y otras parecen venir de lejos, de muy lejos de casa... La necesidad que nos presenta una pequeña hoja supone y lleva al cosmos, como si un buen pedazo de universo girara alrededor de su desarrollo. Es la parte que nos lleva al todo, como otra parte añadida a esa parte, como un otro lado de las plantas, otro lado ahí, al lado, reventándolas, abriéndolas, algo que las enchufa a otro circuito mayor e indiferente pero que ellas dejan constatar a todo momento. Constar en ellas algún mínimo indicio, algún presentimiento de esta otra parte, esta presencia de otra-cosa-ade-más, este otro lado que las abre a cada lado, no

sólo nos da un goce indeleble sino que, llegado el punto, termina por resultar necesario. Porque para que yo pueda conectar con ellas, ellas tienen que conectar con otra cosa.

Las plantas han comenzado por darme, o por hacerme re-encontrar, una certeza práctica, fenoménica, la certeza de un rayo de sol en la piel, de la lluvia en el rostro –también, de la herida que sangra. La tautológica certeza de que se vive, que se camina, de que se está en lo cierto: la certeza del no pensar –aquella que poseen los niños. Esta certeza significa que el hecho de existir ya es suficiente, ya es bastante, es ya mucho –un rayo de sol basta para justificar estar vivos. Pero esta certeza, esta plenitud, este amor, no deja de ser de carácter esencialmente incierto: sabemos que es, pero no sabemos qué es.

¿Qué significa esta “certeza fenoménica”? Significa que la duda debe estar en el espíritu, no en el cuerpo. Quiero decir que hay que poder identificar el tipo de duda, el tipo de vacilación, hay que poder ver cuándo

es una duda del cuerpo (un querer a medias, una dificultad para soportar el miedo, una debilidad subjetiva) y cuándo del espíritu (una aventura de conocimiento, una presencia incierta en las cosas). No dudar de la realidad, sino ir tras ese lado por donde la realidad –su estatuto– desaparece, dudando ella misma. Significa también que el conocimiento tiene como presupuesto al amor –presupuesto, no causa. Y que el objeto de ese amor no está. Que es nadie; quiero decir: que es ya mucho, no que es nada –y por eso también hay despejar ese amor, ver qué de todo eso que es mucho puede seguir siéndolo, hay que seguirlo y limpiarlo, pulirlo, seguirlo y vaciarlo lo más posible y cada vez más de toda falsedad, de todo prejuicio, sobre todo ir, seguir yendo tras eso que es amor y que ya viene detrás y nos impulsa.

Certeza corporal, duda espiritual: así, toda decisión se expone al riesgo. Así celebramos bodas con desconocidos. Nos dejamos ir, seducir, por un olor, una onda, por una promesa informe, o una voz que no entendemos pero que suena y llama y que tam-

bién exige. Sólo haciendo la experiencia podremos ver adónde y con quién vamos, con qué cosa, con cuáles muchedumbres, con cuáles mundos nos hemos esposado al partir.

Hay un tacto espiritual que nos hace avanzar a ciegas y nos pone ojos por todos lados. Pero esos ojos no nos miran, más bien nosotros miramos desde ellos, al volvernos ellos. La observación de las cosas necesita abrirse a la contemplación, ser abierta por la contemplación, y contemplar implica algún grado de ceguera. Si yo me someto a ellas, si las observo rigurosamente, es para ver otra cosa que lo que veo, aquello que está y no está; sometiéndonos a su superficie, recorriéndolas, se comienza por ver cosas extrañas, signos ambiguos. Pero luego también, junto con estas cosas extrañas, al lado de estos signos que son pregunta y que son pared, aparecen puertas y túneles, que no son sino otros signos que dejan entrever algo que es otra cosa a su vez, alguna otra cosa que pasa en algún otro lado, otro lado ahí, ahora, al lado, otro lado que es abierto por

el trabajo espontáneo de la contemplación intuitiva, que reniega de los ojos para ver y de las manos para alcanzar y tocar.

El límite de la observación es que de este modo sólo se tiene una relación de exterioridad con aquello que se observa, y nos insensibilizamos de entrada ante cualquier fenómeno –siendo la contrapartida de esto la afectación sentimentalista, la falsedad expresiva dada justamente por esta relación de exterioridad con que vemos y sentimos las cosas del mundo, de la vida; en verdad, aquí, en esta frigidez de sentimiento, en esta inconexión con el mundo, se encuentran siendo de la misma esencia tanto la frialdad científicista como el sentimentalismo del poetastro. Porque para poder ver el fenómeno, éste o alguna parte de éste debe poder volverse indiscernible de nosotros mismos, debe poder continuarse dentro nuestro, así como nosotros en él; así lo abrimos y nos abrimos, desarmamos y nos desarmamos, interiorizando la vida que bulle fuera y dentro. Espiritualizar el fenómeno, poder llegar a una certeza

telepática. Certeza que no necesite ojos para ver ni manos para alcanzar y tocar.

Todo esto me da pie para reírme de este neo-hipismo contemporáneo, esta especie de neo-naturismo progre que hace su excursión a las montañas para ver las estrellas y quedar fascinado y sentirse pequeño ante la inmensidad del Universo. Me río de ellos, de toda esa sensibilidad que pretende conectarse con la naturaleza admirando los objetos que están a su alcance, en su campo visual. Yo a esta experiencia le opondría la experiencia copernicana, siendo que me parece bastante verosímil la suposición de que Copérnico, cada vez que miraba al cielo, cada vez que observaba el firmamento, lo hacía para ajustar su delirio, su pensamiento intuitivo, para que el delirio que estaba viendo tuviese más agarre y fuese más preciso o más concreto; y ¡ciertamente!, aquel hombre no pudo haberse sentido pequeño sino justo lo contrario: gigante es como debió sentirse, pues su alma se tuvo que haber erguido por encima del Cosmos para poder ponerlo todo en perspectiva.

Lo cierto es que a mí ya no me basta mirar las estrellas, me aburre. Claro que puedo mirar un ocaso, y el cielo que amontona nubes y anuncia tormentas me atrapa de inmediato, pero este placer exterior se añeja demasiado pronto si no quedo absorto,regnado, como en trance. En vez de del deleite de mirar hermosas estrellas titilando de noche, debiéramos buscar viajar hacia ello y ver qué nos informa, qué noticias trae consigo, en nosotros. O sumergirnos en las plantas y desde ellas buscar el cielo, el cielo que se abre al ras del suelo, siempre más acá y más allá de todo firmamento.

XXII / Final

Todo lo que esta experiencia con el cultivo de cannabis me ha abierto permanecerá abierto para siempre, lo sé, lo siento: sea lo que sea, no tiene vuelta atrás. Es decir que volverá, que no saldré nunca de allí, o que saldré innumerables veces. Por otro lado, sé también que para cultivar cannabis éste es sin duda el manual más inútil que pueda leerse. Me he ido por las ramas inmediatamente. Creo que lo que he terminado por constatar son invalorable lecciones éticas en las plantas. También me han abierto todo un campo, todo un mundo lleno de promesas, promesas de tierra virgen y travesías que corran el horizonte. Finalmente, creo que lo que este manual aporta es una experiencia de lectura, la experiencia de un lector, o un modo de leer. Pero de seguro nada o casi nada que ayude a cultivar cannabis. Y aprovecho para decir y terminar que no recomiendo el cultivo de

cannabis. Si sos fumón, y querés tener un montón de plantas, hasta el punto incluso de poder vivir vendiendo, tené cuidado: para cultivar hay que estar preparado. De lo contrario, puede ser una bomba en manos de un idiota.





colectivocontramar.wordpress.com
colectivocontramar@gmail.com

